Tomo XIV

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 19

San José, Costa Rica 1927 Sábado 21 de Mayo

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

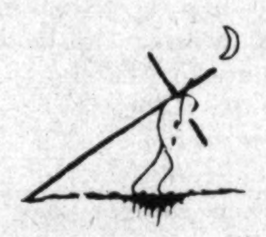
SUMARIO: *En la hora del crujir de dientes*, por Alberto Masferrer.—*Hechos y palabras en la América Latina.*—*Una carta de Noemí Rerián.*—*Homenaje a Vitalia Madrigal*, por José Fabio Garnier, Joaquín Vargas Coto, Auristela C. de Jiménez y María Cristina Dittel.—*Un maestro de juventudes*, por Omar Dengo.—*Agustín Nieto Caballero en Costa Rica*, por Manuel Sáenz Cordero.—*El Centenario de Pestalozzi* y *Pestalozzi y Beethoven*, por Luis de Zulueta.—*Página lírica* de Juan Marinello.—*Don Agustín Nieto Caballero, hombre de negocios espirituales*, por Carmen Lyra.—*Las privaciones*, por Eugenio d'Ors.—*Pasteur*, por Horacio Quiroga.

En la hora del crujir de dientes

Por

Alberto Masferrer

(Las partes 1 y 2 de este notable artículo, salieron en el número 9 del tomo en curso).



3.—Un cablegrama de Washington nos hace saber que el Comité de Relaciones Exteriores, del Senado, *aprobó la política de Coolidge en relación con Nicaragua.*

Otro cablegrama nos dice que el Gobierno de Estados Unidos notificó al Presidente Sacasa, que los Estados Unidos *mantendrán* el reconocimiento de Adolfo Díaz, hasta el final de su período, *aunque triunfe la Revolución.*

Es decir, que los Estados Unidos, contra la opinión y la protesta de todo Hispanoamérica y de casi toda Europa; contra la más elemental justicia, y atropellando cuanto se tiene por establecido con definitiva firmeza en el Derecho Internacional, se declaran y se constituyen defensores de la usurpación, de la felonía, del desorden, de la violación de la Ley, y de cuanto puede conducir a un pueblo a la desorganización, a la barbarie y a la ruina.

Si el Presidente Sacasa y sus consejeros conservan el sentido de la más sencilla comprensión de los sucesos, darán por terminada su empresa revolucionaria, sin éxito posible ya, y sólo propicia a ocasionar mayor derramamiento de sangre, de riqueza, de energías. Empecinarse en continuar sacrificándose, sería mero romanticismo; heroísmo inútil, o dañoso más bien, pues si hay una hora en que el más alto deber es morir por la patria, hay otras en que la mayor virtud consiste *en vivir para la patria.*

La Revolución ha terminado gloriosamente, y, aunque semeje una paradoja, *victoriosamente.* Don Adolfo Díaz, el pobre don Adolfo Díaz—el hombre más desventurado de nuestra época, porque es el hombre a quien mayor número de gentes desprecia,—se quedará ahí, en la presidencia de Nicaragua, sirviéndole a los Estados Unidos, como un lacayo a quien el amo, en recompensa de su devoción y de su servilismo, le permite entrar a la cámara de honor, y sentarse, por algunas horas, en un sitial de los que se destinan a los huéspedes honorables. Después, dentro de año y medio, lo reemplazarán por un hombre menos gastado, y así se continuará esa dinastía de traidores, hasta el día en que Nicaragua sea redimida por la voluntad y el esfuerzo de Nuestra América.

Sacasa y sus compañeros de sacrificios, se retirarán, aprobados y admirados por la conciencia universal, y, lo que todavía es mejor, seguros ellos mismos de que han representado en una hora trágica, los más altos intereses de América, los de la justicia y la libertad. Les tocó, en un momento difícil ser los hombres del Derecho, de la Ley, del Honor, y lo han sabido ser.

Regados y empapados de sangre quedan los campos de Nicaragua; regados de sangre generosa que se ofrendó voluntariamente a la causa de América; hombres de corazón y de inteligencia, con alma de girondinos y fe de mártires, cayeron ahí atravesados por las balas concupiscentes de Kellog, de Brown Brothers, de Coolidge, de Selligman Brothers, del Comité de Relaciones, de Wall Street, de los hombres metálicos que saben convertir en dólares la sangre y las lágrimas de un pueblo desamparado y débil.

Esa sangre no será estéril; ella será el comienzo de una era de comprensión y de concordia; ella, como la sangre que hizo brotar la lanza de Longinos, abrirá nuestros ojos, y nos hará saber quién es nuestro enemigo común y cómo podremos derribarle.

Y por lo que hace a Estados Unidos, comenzarán ya desde ahora a sufrir las consecuencias de su derrota.

Porque han sido tremendamente derrotados: la conquista de Nicaragua les cuesta el precio mayor que los hombres pueden pagar por la cosa más cara: *les cuesta su crédito.*

Estados Unidos era, entre las naciones poderosas, la única en que veinte naciones creían; cien millones de hispanoamericanos profesaban, y lo aceptaban con gozo, que la gran potencia del Norte estaba llamada a educar al Continente, a organizarlo, a constituirlo en sede de una Humanidad Nueva. Nos decíamos: ellos son los únicos que pudiendo oprimir, libertan; los únicos que pudiendo explotar, dan; ellos son los únicos que tienen el sentido de la justicia y el sentimiento de la fraternidad; ellos son los únicos que nada quieren deber sino al trabajo, y que miden el valor de cada hombre por su eficacia para el trabajo; ellos son los únicos que respetan al débil, que luchan con desinterés por las causas más nobles, y saben tender la mano franca a todo el que necesita su amistad o su apoyo.

Era éste un fenómeno verdaderamente hermoso y fecundo: que tantas

gentes creyeran en la misión educadora de un gran pueblo, cuando la fe se había perdido ya en todos los otros grandes pueblos.

¡Creíamos en los Estados Unidos! Creíamos tanto, que obstinadamente, con obstinación infantil, atribuíamos todos sus actos inexplicables y sospechosos, a causas extrañas a su voluntad; a errores que luego rectificarían ellos mismos; a mala inteligencia de sus agentes, a torpeza de sus comisarios. En caso de conflicto, nos culpábamos a nosotros mismos: decíamos: «vienen a explotarnos, porque nosotros les llamamos; nos ultrajan, porque lo merecemos; nos oprimen, porque necesitamos de corrección; pero así nos corregiremos, y cuando seamos dignos de ellos, serán los primeros en dejarnos libres y en elevarnos a la gloria de su amistad y de su estimación. Con obstinación invencible decíamos que la *Gran Nación* no era responsable de las depredaciones, rapiñas y usurpaciones, humillaciones y crueldades de que fueran víctimas Santo Domingo, Haití, México, Cuba, Colombia, Nicaragua, Venezuela... Y todavía en estos momentos, no se atreven las gentes a ver claro y a juzgarles según sus obras; todavía en estos momentos hay quienes dicen que los culpables no son los Estados Unidos,—sino los banqueros de Wall Street, el Departamento de Estado, el Almirante Latimer, como lo fueron antes Roosevelt, Taft, Wilson y otros...

¡Tal era nuestra fe, de candorosa y de invencible!...

Mas ahora, *ya sabemos;* la verdad tangible y cruel se nos impuso al fin, y nunca más seremos engañados. Ahora ya sabemos que ellos son como todos; que la codicia y el orgullo los inspiran; que engañan y fingen como los otros, y que su mistad es mortal. No, ya no nos podrán engañar: ahora, si quieren pactar con nosotros, o intervenir en nuestros pactos, recelaremos una emboscada; si nos ofrecen dinero, pensaremos que se lo cobrarán con nuestra sangre; si nos ofrecen su mediación o su arbitraje, ya sabremos que se lo pagaremos en concesiones, y que se arreglarán de manera que el desorden y la tiranía y la discordia nuestros, provocados o atizados por ellos, se convertirán para ellos en dominio y en dólares.

Por fin, asentamos los pies en el áspero y saludable terreno de la verdad; por fin, comprendemos que el imaginado angel de la guarda, es solamente uno que sabe convertir en oro nuestra confianza y nuestro candor; por fin, sentimos que *Nuestra América* no puede esperar su salvación sino de sí misma, y que sólo traidores o dementes insistirán en buscar la sombra pérfida de aquella mentida amistad, para dar abrigo a nuestro bienestar y a nuestra cultura.

Ahora *ya sabemos:* ya, por fin, *sabemos*, y, como siempre, de la verdad nos vendrá la salud.

(La Prensa. San Salvador)

Hechos y palabras en la América Latina

= De *The World*, New York, enero 9 de 1927 =

The World, de Nueva York, gran diario que ha sido en la metrópoli del Norte el defensor constante del derecho, el campeón de los pueblos débiles contra el imperialismo, y que supo defender mejor que nadie a Colombia cuando el presidente Roosevelt nos arrebató a Panamá, trae en su edición del 9 de enero el siguiente formidable editorial sobre la política que está siguiendo el gobierno de los Estados Unidos respecto de la América Latina. No podrían decirse mejor las cosas; no puede definirse con más valor, con mayor exactitud, con más grande autoridad, la situación creada por la política de Coolidge y de Kellogg. Con profunda satisfacción cedemos nuestras columnas editoriales a este artículo admirable, fiel reflejo de la mejor opinión americana y condenación inapelable de una política que en todas las repúblicas latinas de América no encuentra sino reprobación enérgica e indomable rechazo.

(Nota de EL TIEMPO, *Bogotá)*

Durante más de cuarenta años, desde cuando el secretario Blaine presidió el primer congreso Pan Americano en Washington, los Estados Unidos no han dejado de expresar, en forma grandilocuente, su sentimiento acerca de la unidad Pan-Americana. Hemos aprobado proposiciones; organizado congresos secundarios de índole comercial y científica; fundado una oficina pan-americana; construído un magnífico edificio en Washington, que sirve de cuartel general a las actividades del panamericanismo y que a la vez cumple funciones de carácter social, como la fiesta del matrimonio Mellon-Bruce. Hemos adornado con la más flamante retórica infinidad de banquetes, de placas, de mármoles (levantados éstos en nuestra propia capital) y al cabo de cuarenta años nos encontramos con que el Pan-hispanismo es más vigoroso en la América Latina que nuestro famoso Panamericanismo, y con que la doctrina Monroe es profundamente detestada por los pueblos de Hispano-América, cuyos conductores han querido sustituirla con las doctrinas de Drago o de Brun. Y hay quienes se sorprendan de que periodistas como Manuel Ugarte alcancen un prestigio continental por el hecho de atacar de frente a los Estados Unidos, y de que seamos objeto de sospechas y de enemistades en todos los pueblos iberos de la América.

¿Cuál es la causa de esta actitud? ¿Por qué nuestros vecinos del sur toman instantáneamente una actitud hóstil cuando desembarcamos marinos en Nicaragua, cuando enviamos notas conminatorias a México y cuando por medio de tratados intentamos hacer de Panamá un pedazo de territorio americano? ¿Por qué existe el sentimiento de que cuando obramos con el pretexto «de proteger las vidas y propiedades americanas» estamos en realidad buscando un aumento de nuestro poderío o protegiendo las depredaciones de intereses americanos escandalosos?

Cuando terminó la guerra mundial, el prestigio de los Estados Unidos en la América Latina llegó a su punto más alto y las relaciones entre las dos Américas fueron más cordiales que en cualquiera otra época desde los días de Bolívar. Había un genuino entusiasmo por los Estados Unidos en toda la parte sur de las costas del mar Caribe. Y la razón fundamental de este entusiasmo era el derroche de idealismo que los Estados Unidos hicieron en la gran guerra, el espíritu que Woodrow Wilson había infundido a los Estados Unidos. Nuestro propósito de luchar por la democracia, por la libertad y la paz fué un llamamiento directo al corazón de los pueblos latino-americanos, que vieron a nuestro pueblo dominado por un generoso quijotismo, consagrado a la defensa de los débiles. La política de Wilson en México, considerada al principio como sospechosa, había sido vista como una necesidad en el sentido de contribuir a la estabilización del pueblo mexicano, y tanto su simpatía por la revolución mexicana como su diferencia por las potencias del A. B. C. habían sido debidamente apreciadas. El capital americano reemplazando al europeo, se extendía por Sur América; el comercio estadounidense prosperaba y se establecían nuevas líneas de vapores entre las dos Américas.

Nicaragua marca en el momento actual el bajísimo punto a que hemos caído desde aquella altura. El sentimiento suramericano ha reaccionado inmediatamente que nosotros hemos dado la espalda al idealismo de la época de la guerra; se ha resentido por nuestra hostilidad a la Liga de las Naciones, de la cual forman parte

casi todos los países de Hispano América; se ha ofendido por nuestras torpezas en el quinto congreso panamericano de Santiago; enviamos una misión naval al Brasil, que acabó por destruir la esperanza de una conferencia de desarme y fomentó una tremenda rivalidad naval entre la Argentina y el Brasil. Nuestros errores en la cuestión de Tacna y Arica han levantado un poderoso sentimiento en contra nuestra en el occidente de Sur América. Pero por sobre todo son las muestras claras de un espíritu de imperialismo americano las que han despertado la desconfianza y el resentimiento de los países suramericanos.

Los pueblos latinos de este hemisferio ven los intereses americanos en posesión de una tercera parte de la riqueza nacional de México; de más de un setenta por ciento de lo terrenos petrolíferos: de más de la mitad de los cincuenta y cinco millones de acres de las tierras que se hallan en poder de extranjeros. Ven que nuestros intereses petroleros y bananeros manejan la política en Costa Rica; que nuestros banqueros y la United Fruit Company dominan a Guatemala; que nuestras compañías mineras controlan a Honduras. Desembarcamos y embarcamos marinos en Nicaragua a nuestro capricho; tenemos a Panamá en el bolsillo del chaleco; nuestro ejército gobernó en Santo Domingo y nuestras fuerzas navales dominan a Haití; el general Crewder es en La Habana un personaje de más importancia que el mismo presidente de de Cuba. Los grandes propietarios de los Estados Unidos controlan absolutamente la vida económica de Cuba y Puerto Rico e intentan ejercer el dominio de las Islas Filipinas.

Los pueblos latinos contemplan el tono de superioridad moral que adoptamos cuando se menciona la diplomacia europea y la manera como aseguramos que nuestra política exterior es mucho más pura y más altruista que la suya y al mismo tiempo ven que desempeñamos un papel doble e hipócrita. Declaramos por medio de la doctrina Monroe que Europa no debe intervenir en la América Latina; declaramos por medio de nuestra enemistad a la Liga y de nuestro rechazo a otros contactos, que Suramérica debe apartarse de la política de Europa, y al mismo tiempo, después de procurar esa separación, en los dos continentes, intervenimos aquí a nuestro antojo. ¿Es este un cuadro exagerado? No. Sin lugar a duda es el cuadro que están viendo actualmente muchos millones de suramericanos para los cuales la intervención del Departamento de Estado en Nicaragua y el apoyo a las compañías petroleras de México, son simplemente nuevas jugadas del mismo viejo juego. Este es un juego cuyo resultado final inevitable será un divorcio completo, un abismo entre las dos porciones del continente.

La América Latina es, según la frase usual de los oradores, al final de los banquetes, la región del futuro. Con sus ochenta millones de habitantes y sus ilimitados recursos naturales, el desarrollo a que está llamada en el siglo próximo es incalculable. Es de la mayor importancia que, apoyándonos en razones geográficas y económicas de fuerza evidente, procuremos cultivar con esos países cordiales relaciones. Pero de nada servirán la elocuencia y los sentimientos retóricos contra los hechos brutales como los que nuestro Departamento de Estado está realizando, y que constituyen, hoy por hoy, el título final que podemos presentar para la amistad de la América Latina.

(*El Tiempo*. Bogotá)

Una carta de Noemí Renán

Noemi Renán, la única hija sobreviviente de Ernesto Renán, aquella que él inmortalizó en el más encantador y popular de sus libros *Souvenirs d'enfance et de jeneusse*, la ilustre francesa, madre de Miguel y Ernesto Psichari, muertos en el campo del honor por Francia, cuando la gloria literaria empezaba a sonreír al primero y ambos no habían traspuesto aún los lindes de la adolescencia; Noemi Renán, abuela de Luciano Psichari, de 18 años de edad, que es biznieto de Renán y nieto de Anatole France; Noemi Renán, la mimada de los grandes franceses del día en las ciencias, la política y las letras, dirige a Cornelio Hispano esta linda carta, referente a las *Crónicas de Bretaña* editadas no ha mucho en San José de CostaRica [1]:

«París, 21 de febrero del 1927

Señor:

En extremo me ha conmovido el obsequio que me hacéis de vuestro libro y el honor que rendís a la memoria de mi padre al traducirlo a la bella lengua española. Vuestra carta y la dedicatoria, tan amable, me han proporcionado también un gran placer y me siento feliz al ver que vuestra labor contribuirá a crear nuevos lazos entre Colombia y la cultura francesa.

La elección que habéis hecho en las traducciones me parece excelente.

Lamento no poder apreciar bien vuestra obra, pero una parte de mi familia aprende el español y os leerá con provecho. Mi yerno, el doctor D'Allones, acaba de partir para Buenos Aires en una importante misión científica, y mi hija lo seguirá en julio con algunos de sus niños. Veis, pues, que el español es cada día más familiar entre nosotros, y que mis hijos pronto leerán con gratitud vuestras nobles páginas consagradas a la visita que nos hicisteis en nuestra casita de Bretaña.

Si volvéis a Francia, señor, os ruego no olvidar mi casa, ya sea en París o en Bretaña, donde paso siempre el verano.

Os envío un pequeño recuerdo del museo de Tréguier, que tan gentilmente habéis descrito.

Aceptad mis más simpáticas congratulaciones.

NOEMI RENÁN»

1. Véase el CONVIVIO titulado: *Páginas Escogidas de Renán*. III.

Cuento de Hadas

Para la escuela Vitalia Madrigal

Y la abuelita blanca, blanca, empezó así:

Reunidas bajo un almendro en flor, las hadas alegres como una pascua se decían sus secretos de oro, sus angustias de ayer, sus entusiasmos de hoy, sus esperanzas de mañana y de siempre.

El viento curioso las hacía vibrar como cuerdas de arpas vivas, las llevaba de aquí hacia allá en delicioso balanceo que les recordaba sus horas de intensa niñez.

Jugaban, reían, se gritaban las unas a las otras sus nombres de encanto, que las brisas juguetonas iban meciendo lentamente hasta llevarlos a los oídos ingenuos de los hombrecitos y de las mujercitas de mañana.

Las hiedras jóvenes estrechaban, amorosas, el abrazo eterno en el que se evidenciaba su cariño hacia los seculares troncos de encina.

Era aquella una ciudad de ensueño sumergida en el blanco perla del claro de luna.

Y las traviesas mujercitas se decían en voz alta sus facultades sobrenaturales como si quisieran maravillarse las unas a las otras.

—Yo transformo las oscuridades de la noche en la brillante luz de la aurora.

—Yo despierto los trinos en las gargantas privilegiadas de los pájaros.

—Yo cubro de botones, en los amaneceres, los rosales y los claveles, las violetas y los pensamientos, las margaritas y los alelíes.

—Y yo engalano, con mis matices, esos mismos botones de que tú hablas.

—Yo lleno de amor las almas ingenuas.

—De mis caricias están ansiosos las zagalas y los mancebos.

—En mí encuentran refugio los corazones atormentados.

—Yo convierto las penas en flores y las angustias en esperanzas.

—De mí se acuerdan en seguida quienes han sufrido una desilusión, porque, en mi compañía, sus espíritus se impregnan del olvido bienhechor.

—La paz derramo en quien a mi refugio se acoge.

—De caridad cristiana se llena el que me evoca.

—Conmigo todo es placer, todo es encanto

—Sin embargo—dijo una, tal vez la más pequeña de todas las hadas—sin embargo, apesar de nuestro poder...

—¿Qué pretendes insinuar?—interrumpió un lindísimo ser alado de aquéllos que en el enjambre delicioso, jugaban entusiastas y reían con risas argentinas, plenas de felicidad.

—Apesar de nuestra fuerza infinita, no nos es posible hacer de oro las almas de los mortales que en nosotras creen y esperan.

Un momento de angustia se posó entre aquellas mariposas del encanto: todas meditaban, éstas escurrían su pensamiento por senderos nunca visitados, aquéllas consultaban las cosas muchas veces vistas, las de allá evocaban los paisajes de almas frecuentemente admirados, las más cercanas reposaban sus frentecitas divinas sobre las manos, como sintiéndose enfermas de improviso.

—Tienes razón—dijo una de las más decididas—nos falta ese poder sobrehumano.

—Es preciso obtenerlo—afirmó con enérgica decisión una miniatura vestida de cielo.

—¿Y cómo?...—repuso, desesperada, una mujercita vestida, precisamente, de esperanza.

—Vamos al mundo—aconsejó la misma que en aquella ronda de felicidades había sembrado la duda.—Vamos al mundo y tal vez, allá, entre las mujeres, nuestras semejantes, encontraremos ese poder.

Y así lo decidieron: tres de las hadas invisibles se trasladaron a las ciudades en busca del misterioso talismán que les permitiera hacer de oro las almas.

Y escucharon las soberbias pretensiones de un obrero acostumbrado a modelar el metal valioso: en sus manos las barras de oro, por encanto se transformaban en las miniaturas más deliciosas. Era el milagro del esfuerzo y la habilidad; pero eso no satisfizo a las hadas exigentes.

Oyeron las prédicas vanidosas de un filósofo—vagabunda mente que fingía estar siempre demasiado ocupada—que pretendía hacer, de una escoria despreciable, un valioso pedazo de oro. Y las hadas traviesas se alejaron, burlándose de la infinita vanidad humana.

Y a una mujer bella, llena de todas las seducciones, la oyeron ufanarse diciendo que en la apariencia frágil de sus miradas, en la existencia fugaz de sus sonrisas, había tanta fuerza, había tanta eternidad que capaces eran del milagro que se les pedía: hacer de oro las almas.

De aquella evocadora de ensueños se apartaron, con tristeza, las hadas puras: en su ingenuidad no comprendían muchas cosas que los hombres, vanidosos, fingían comprender sin haberlo logrado nunca.

Y conocieron palacios de oro que encerraban almas de barro; visitaron ciudades de encanto en donde nadie soñaba, porque las miserias de los demás obligaban a todos a no dejarse vencer por la fatiga; trataron gentes que, siendo de vida fugaz, contemplaban, como si fuesen eternos, el desfile trágico de las ho-



Vitalia Madrigal,

educadora distinguida de Costa Rica. Falleció en esta ciudad el 21 de abril pasado. A este semanario le dispensó en todo tiempo, acogida afectuosa y protección resuelta. Amaba, vigilaba, servía. No será posible olvidar la sonrisa hospitalaria de sus ojos grandes, ni la mente clara y flexible, abierta a las incitaciones del Espíritu.

ras y de los días; asistieron al despertar de las ciudades y de los pueblos en donde los hombres y las mujeres, inexpertos, se frotaban los ojos todavía húmedos de ensueño para despojarlos, precisamente del tesoro que en sus retinas cansadas la noche generosa había depositado.

A todos interrogaron, nadie supo darles noticias del ser omnipotente que buscaban; los hombres sonreían desconfiados, las mujeres hacían una mueca que era de indiferencia y que, también, era de desencanto.

Sin esperanza ya, las hadas infatigables preparaban el viaje de retorno cuando, al visitar un edificio inmenso, se hallaron en medio de un coro de mujercitas pequeñas como ellas, aladas también, como ellas, porque la alegría y el entusiasmo parecía que hicieran nacer alas en aquellas espaldas delicadas.

Jugaban, reían, cantaban felices: en sus cuerpecitos alentaba un alma que era de oro, del oro finísimo de los cuentos orientales, como afirmó en seguida una de las hadas misteriosas, aquélla que más conocía esos cuentos ya que en uno de ellos se había mecido su cuna mágica.

Se agregaron a la ronda, bailaron felices ellas también, porque en su espíritu se había hecho la luz: convencidas estaban de que, al fin, su deseo era una realidad, habían encontrado las verdaderas almas de oro; solamente les faltaba dar con el prodigioso artífice que había sabido transformarlas.

Y sin preguntar más, observando cuanto las chiquillas hacían, escuchando sus frases ingenuas, tratando de adivinar lo que en aquellos cuerpos diminutos se escondía, comprendieron en dónde se encontraban y quien era el ser humano que podía obtener que las almas se hicieran de oro, del oro purísimo de la bondad y del amor.

Y las chiquitinas les hablaron de la directora de su escuela, les contaron cómo aquel ángel de generosidad iba modelando sus almas, con una paciencia admirable, al fuego lento de una constancia sin límites; les dijeron de su voz melodiosa, de la sonrisa que continuamente embellecía sus labios, que ellas besaban con amor filial; de los consejos que siempre les daba, de su ternura, del incomprensible milagro que en ella se realizaba a diario: todas sus compañeras deshojaban las flores de sus elogios cada vez que a ella tenían que referirse.

Y las hadas comprendieron que habían encontrado, al fin, lo que durante tanto tiempo habían buscado: el ser que hacía de oro las almas: en seguida prepararon el viaje, llevándose, dormida en medio de una sonrisa, a aquella Directora buena para que, convertida en hada, viniera todos los amaneceres a despertar a sus chiquitinas adoradas, frotándoles los ojos, saturados de ensueño, con la esencia de sus generosidades, para que durante el día fueran de oro sus almas así como había sido de oro el alma de aquella sincera educadora...

Y la abuelita blanca, blanca, concluyó así su cuento, mientras por sus mejillas, en donde la vida había cincelado hondos surcos, corrían lágrimas amargas.

Y la nietecita rubia lloraba también pensando, con amor, en la Directora de su escuela que se había ido detrás del coro de hadas invisibles que buscaban al ser prodigioso que hacía de oro las almas.

JOSÉ FABIO GARNIER

San José, Costa Rica.
Mayo de 1927.

La Niña Vitalia Madrigal

Donde quiera que haya niños, ha escrito Novalis, existe una edad de oro; dichosos los que pudieron vivir esta edad toda la vida, haciendo de ella un alegre paisaje sonriente iluminado todo el tiempo por las luces doradas de una aurora sin fin; y más dichosos aún, los que fueron una sonrisa dulce como miel, miel que rebosaba desde el hondo del corazón, nido de la ternura. Dichosa edad de oro la que vivió la Niña Vitalia cuyos restos mortales fueron enterrados ayer a medio día en esta capital; dichosa edad de oro la que ha de vivir eternamente en los jardines de la inmortal aurora, hacia donde voló su alma, como el espíritu de un lirio, por la escala de luz blanca que la luna le tendió desde lo alto la noche de su muerte; ascendió por la escala de alburas que Selene arrojó desde los cielos, desde el mismo sitio de donde cayó, como un copo armiñado, su alma que fué, diciéndolo en una figura justa, una sonrisa encantada; sonrisa de maestra, dulce sonrisa cordial; sonrisa de madre—que madre fué de cientos y de miles de niñas—dulce y honda sonrisa de cristalino amor.

Con qué tristeza más grande supimos qne se iba de la vida la Niña Vitalia; con qué profunda desgarradura en el corazón la dejamos en el lugar del silencio, en su cuna de tierra, bajo una montaña de flores y de cariños perfumados. Y qué infinita ternura la del corazón al contemplar las pequeñas de su escuela, rodeando el carro mortuorio donde, dentro de cuatro tablas, iba su maestra haciendo el último camino; «una bandada de pajaricos sueltos», así nos parecieron recordando el verso del poeta de Murcia.

El último camino de la Niña Vitalia, camino de flores, camino alumbrado por las llamas del amor ardiente en los corazones de sus niñas, de sus compañeros de devoción luminosa, de sus amigos que nos acostumbramos a ver en ella la maestra por excelencia: en ella, que hoy es en el recuerdo como una Santa Vitalia, dueña de la sonrisa.

Tierra que recibiste su cuerpo, piensa que el corazón de la niñez vela sobre ese túmulo florido de maestra inolvidable; florece en blancos lirios sobre su cuerpo que en la vida fué vaso de esencias y de fragancias; guarda tu tesoro de despojos, que hasta aquí vendrán cónmovidas muchas almitas buenas a atisbar aquella sonrisa entre las flores, a la hora de los ponientes tranquilos, cuando la brisa llore suavemente en las liras de los sauces, cuando vuelen las leves mariposas blancas de corola a corola, y caigan, llovidas por los celajes del crepúsculo, rosas rojas, rosas blancas, rosas multicolores, y otras rosas como sin color, indefinibles, rosas que sean como la sonrisa dulce y tierna de la maestra querida, de la maestra que se fué una noche hacia los cielos blancos de luna, volviendo a cada paso la cabeza, para sonreír a sus niños, a los que hicieron de su vida una edad de oro...

JOAQUÍN VARGAS COTO

Nuestra Vitalia

¡Era de oro fino!

Brilló por sí misma; no por incidentales golpes de luz.

De la Gran Fuente de Sabiduría trajo la suya; su honda sabiduría del corazón. Porque esta mujer, que era una elegida, pasó por el mundo como una sonrisa, como una aura sedante, como un rayo de amor,

No tuvo que hacerse violencia para ser consecuente y amable. Nació así... nació buena, nació santa. Nació para

darse y darse como un frasco de delicada esencia.

...¡Y estaba herida de muerte! ¡y no lo sabía! Qué iba a saberlo, si nunca tuvo tiempo de cuidar de sí misma, porque le faltaba el que debía dedicar a los demás... a su familia... a sus niñas... a los pequeños delicuentes... a todos aquellos a quienes su idealismo le iba señalando como hijos.

¿Hijos? La naturaleza no se los dió. Habría sido limitar aquel corazón amplio y hospitalario, donde tantos hallaron un rinconcito tibio.

Maestra de corazon, consideró el Magisterio como misión sublime.

No concedía al maestro sino como una nota de luz, y gastó muchas energías tratando de realizar su sueño: verlos a todos unidos y gozarse en la armonía celestial de aquel conjunto.

—¿Has visto,—me dijo al encontrarme en un corredor de la escuela—has visto lo útil que es este edificio? Trescientas alumnas de la No. 2, por la mañana; quinientas del Colegio al medio día y cuatrocientos de la *Manuel Aragón* por la noche. Todos como entre un zapato ¡qué lindol

¡Y qué bien entendía ella la hospitalidad!

...Así, como arañita mágica, tejía y tejía primorosamente la tela de su vida, e iba prendiendo los hilillos de oro, fuertemente, hondamente, en los corazones de cuantos la tratamos.

¡Picarilla...! En esta mañana azul brillante, cómo se complacerá desde arriba viéndonos enredados en el hilo de oro de su recuerdo amable...

Y batiendo palmas exclamará ¡qué lindo! Todos unidos, ¡cuántos corazones palpitando en un mismo sentimiento! ¡Qué lindo!

Mariposilla tenue ¿de qué praderas viniste; en qué fuente de amor mojaste tus alas, que irradiaban luz?

¡Ven! Dime al oído tu secreto. ¡Mira que yo también quiero ser buena como tú!

AURISTELA C. DE JIMÉNEZ

Abril 21 de 1927.

Para ella, esta plegaria

Señor, mi oración te llega colmada de gratitud, porque alegraste mi vida con el conocimiento de esta mujer que fué como Francisco de Asís, hermana de todas las criaturas.

La mente se pierde evocando bondad tras bondad, ternura tras ternura, de esta dignísima hija tuya.

Yo pienso que prendiste en su corazón una llamita de tu mismo Espíritu y por eso era precioso como el oro, dulce como miel...

La hiciste Maestra y en ese camino siguió tus divinas huellas; la suavidad de su palabra calmó angustias, encendió ideales hermosos en las mentes; la ternura de sus manos blandas dejó sobre las frentes suavidad de pétalos.

¡Oh! ¡Sus niños! ¿Quién volverá a acariciarlos como ella, a decirles aquellas cosas sutiles que dejaban en el corazón como una luz? ¿Quién les volverá a dar el amor que ella les dió?

Tenía la piedad de la madre y, todos éramos sus hijos; los seres que el mundo desechaba se abrigaban al calor de su cariño.

Dulzura, Perdón, Comprensión. He aquí las más hermosas flores de su espíritu.

Las palabras quisieran salir solas de los labios para contar las perfecciones que dejaron, por siempre resplandeciente su frente.

Donde se posó su pensamiento el Mal se trocó en Bien, la hierba en flor,

Cada vez, Señor, al evocarla, la hallo más semejante a Ti, y digo que pusiste sobre ella todas tus complacencias.

La enviaste a la tierra y hubo un clamor de alegría; ahora que te la llevaste, los corazones de las que la amamos se estrujan de Dolor, por su ausencia, pero en el Cielo comienza un Gran Fiesta.

Debiera su vida grabarse en oro puro y ponerse al frente de cada Escuela y de cada hogar, para que los niños y los hombres aprendamos a amar y servir.

¡Cabecitas de niños que tantas veces su mano y su voz acariciaron!

Inclinada sobre vosotras que os quedasteis sin su amor bendito, yo hago esta plegaria al Señor de la Misericordia, porque haga descender el espíritu de esta sublime Maestra y Madre, sobre otras maestras y otras madres, y así del mundo vuelvan a elevarse cánticos de Esperanza, de Amor y de Fe, como los que ella te hizo cantar.

MARÍA CRISTINA DITTEL.

Abril 23.—927.

Un Maestro de juventudes

Heredia, Escuela Normal, mayo de 1927.

Señor don

Joaquín García Monge.

REPERTORIO AMERICANO

San José.

A usted, mi estimado don Joaquín, hemos de agradecerle en esta Escuela la visita de don Agustín Nieto Caballero y de sus compañeros, profesores y estudiantes colombianos. Supongo que es también a usted,—en buena parte al menos,—a quien debemos de agradecerle los maestros de escuela costarricenses, la visita de ese noble grupo de peregrinos a nuestro país. Creo que usted lamenta, como yo, la carencia de medios para haber retenido en el país, siquiera durante una semana, al señor Nieto y a sus compañeros. Hubiéramos podido entonces instarlo a recorrer los principales circuitos escolares a fin de que los maestros escucharan sus *causeries* acerca de educación. Don Gustavo Uribe habría podido, a su vez, conversar con muchos de nuestros funcionarios sobre temas concretos de organización escolar, especialmente sobre programas y métodos de la escuela decrolyana.

De tal labor, pronto palparíamos los resultados. Pero, al parecer, acaso por la fina discreción de don Agustín, no nos dimos plena cuenta de la significación de su viaje ni supimos apreciar cuánto traía consigo. No estamos acostumbrados a oír el mensaje de las embajadas espirituales y sí, en cambio, a recibir muchas otras que nada tienen que decirnos.

Nieto Caballero, aparte de la visión clara de muchos problemas que nos atañen de modo inmediato, aparte de la posibilidad de proporcionarnos ocasión de fecundas relaciones con cosas y hombres de sumo interés, trajo, — como una de las refinadas expresiones de su apostolado,—el don de comunicar entusiasmo y alegría. Y cuánta necesidad de esas riquezas en estos medios propensos al achatamiento!

Si en algún sentido se hizo evidente para mí la presencia de un Maestro de juventudes, fue precisamente en ése.

Don Agustín es el hombre que anima, que sugiere, que infunde confianza, que induce a pensar y a tener fé y que da ejemplo claro de cuál es la posición espiritual que la tolerancia entraña.

Decía don Luis Eduardo—su hermano—que don Agustín es, por oposición a él, hombre de volumen. Don Luis Eduardo me da la impresión en sus *Hombres de Fuera*, de ser un hombre que otea horizontes con deleite, y que descubre el detalle bello de cada altura. Don Agustín es ciertamente hombre en quien la inquietud se hace interior, cada vez más, para volver a la superficie cuando, tras ser profunda, se ha vuelto clara como una

natural expresión de vida buena y sencilla.

Conversador muy ameno, sutil, delicadamente reticente, exento de toda tentación de pedantería y claro y activamente sugeridor.

Quizás había entre nosotros quien esperase a otro hombre. Supongo que a alguno modelado según el tipo que con frecuencia llega y nos fastidia: al orador de plaza, al pensador oficial, cargado de leguyelismo, al recitador de Núñez de Arce o al perfecto pedagogo, tal y como lo piden los baratos manuales del oficio.

¿Cómo haremos, don Joaquín, para que vengan otros Maestros? ¡Vasconcelos, Caso, Sanín Cano, Varona, Mariátegui, López de Mesa, Gabriela Mistral y veinte más!

¡Qué profunda necesidad tenemos, en educación como en política, en artes, ciencias y letras, de escuchar muy de cerca las voces iluminadas del Continente!

Personalmente es lo que más le agradezco a don Agustín Nieto Caballero: el haberme avivado esta ansiedad de oír algo más elevado que las monótonas campanas de la Parroquia.

La mano afectuosa de

OMAR DENGO

Agustín Nieto Caballero en Costa Rica

=Palabras dichas por el Lic. don MANUEL SÁENZ CORDERO a nombre de la Sociedad Económica de Amigos del País, en la velada que en honor de AGUSTÍN NIETO CABALLERO, tuvo lugar el 10 de Mayo último en el Teatro Nacional.=

LA Sociedad Económica de Amigos del País, bajo cuyos auspicios se celebra este festival de arte y cortesía en honor del señor Nieto Caballero y sus distinguidos compañeros y alumnos, festival a que prestan su concurso la presencia de nuestras damas, el oro y mármol de nuestro Coliseo, es una Asociación amistosa fundada en esta capital por iniciativa del Sr. García Monge, y que tiene por objeto despertar en el corazón de nuestros conciudadanos el interés individual, y el entusiasmo colectivo, por todo aquello que sirva al progreso espiritual y material de la República, lo mismo que a los altos ideales que se agitan en el alma del Continente americano.

No es una institución científica, ni artística, ni literaria; ni siquiera una sociedad de orientaciones determinadas ni de rumbos fijos: es algo así como un telescopio, que coge con cariño bajo su objetivo, todo lo importante y conducente que brota del pensamiento nacional y extranjero, sin preguntarse, de dónde viene, ni adónde va: pero que no obstante esta amplia libertad de que disfrutan sus asociados, por un fenómeno de afinidad mental, ha llegado a ser como una ÁGORA desde cuya tribuna se ha librado ya más de una batalla con buen éxito por el triunfo de patrióticas idealidades, y aún de otras, que sin tocarnos de cerca, afectaban la extructura ideológica del Continente, tal y como nosotros deseamos entenderlo, o como aspiramos a verlo desenvolverse en el futuro.

Esta personalidad de la Sociedad Económica de Amigos del País, es un producto del momento histórico en que vivimos. Nosotros pensamos que la humanidad atraviesa un período de indecisión y de acomodo, semejante a aquel que fué precusor a la aparición del Cristo; parecido al que precedió al Renacimiento; y casi fraternal al que dió vida a la Revolución Francesa; y por esto, con esa calma, propia de agricultores a quienes la naturaleza impone con sus estaciones periódicas, y a veces con sus caprichos, la virtud de la PACIENCIA, esperamos con tranquilidad, no exenta de preocupaciones, la hora en que un hombre, no necesariamente místico como el de Galilea, ni artista como Miguel Angel, ni marino como Cristóbal Colón, ni guerrero como Bonaparte, ni héroe, filósofo y pensador como Bolívar, nos anuncie con los clarines de su verbo sonoro, el evangelio de una civilización, a nuestro entender, de fisonomía especialmente Americana, por ser América, con sus costas risueñas, con sus volcanes imponentes, con sus tierras vírgenes, y con sus hijos nerviosos, imaginativos y fuertes, LA TIERRA DE TODOS.

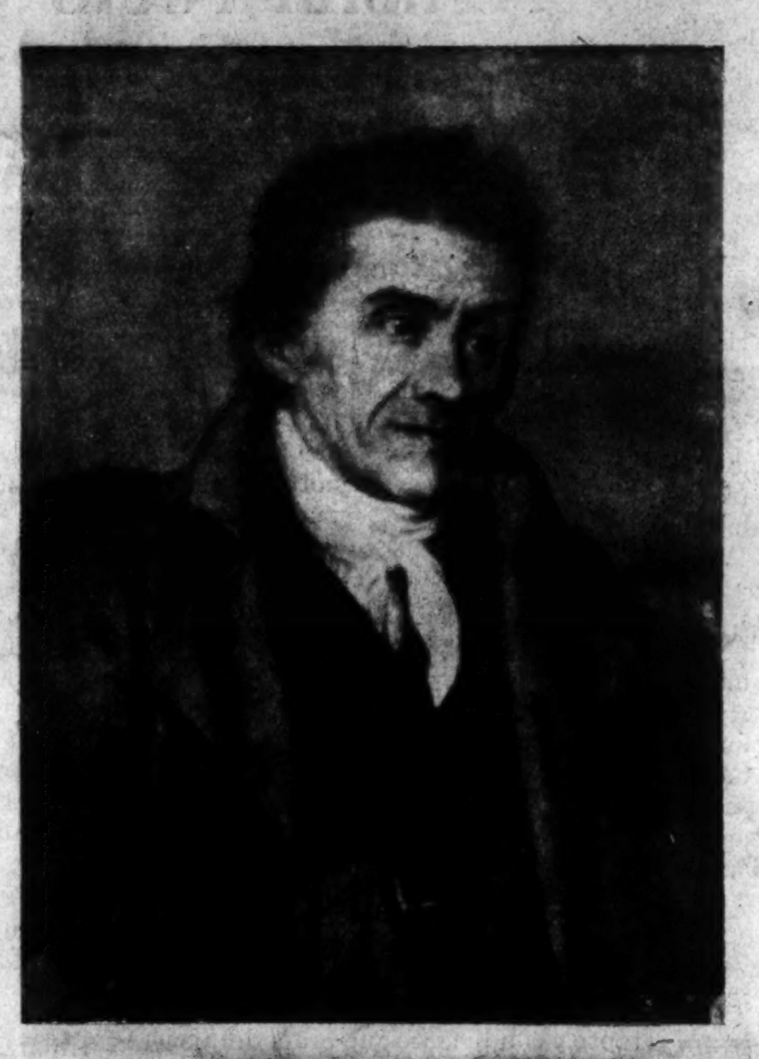
Yo pienso con Dumas, el maestro de la novela y de la historia, «que hay momentos en que ideas vagas, buscando cuerpo para hacerse hombre, flotan sobre las sociedades como una niebla sobre la superficie de la tierra. Mientras el viento las empuja hacia los lagos o las llanuras, no son más que un vapor sin forma, sin consistencia y sin color; pero si encuentran a su paso un gran monte, se adhieren a su cima, el vapor se convierte en nube, y la nube en tormenta, y mientras la frente de la montaña se forma con rayos sin aureola, el agua se filtra misteriosamente, se amontona en sus profundas cavidades, y sube a sus pies; manantial de algún río inmenso que atraviesa la tierra o la sociedad, creciendo siempre, y que se llama El Nilo o la Iliada, el Po o La Divina Comedia».

Somos los costarricenses, señor Nieto, soldados de un ejército sin unidad; el último de los cachorros que el fiero León ibero engendró en las vírgenes tierras de los Atahualpas y Moctezumas, y por lo mismo, tenemos que ir a la zaga,—pero con pretensiones de alcance—de nuestras hermanas mayores de América, entre las cuales, nos complacemos en reconocer que es vuestra hermosa Patria, por su fecunda mentalidad, la gentileza castellana de sus nobles hijos, y la sorprendente fertilidad de su prodigioso suelo, la llamada en no lejano día a *ser de nuevo* la abanderada de los grandes ideales americanos, que como las nubes informes de que hablaba el poeta, están ya deteniéndose en la cima nevada de aquel monte en que la pluma fulgurante del Libertador, escribió,—«mi delirio sobre el Chimborazo.»

Varón de aquella tierra que el caudaloso Magdalena, como una espada de brillante metal penetra hasta el corazón de sus selvas para verter sobre su cauce la savia de sus entrañas, que también se desborda por dentro;

(Pasa a la página 300).

El centenario de Pestalozzi



Juan Enrique Pestalozzi
1746 - 1847

Según el cuadro de Rico

PRIMER centenario de la muerte de Juan Enrique Pestalozzi. El mundo entero conmemora esa fecha. También en Madrid y en otras varias poblaciones de España se celebran diversos actos para honrar la memoria de aquel hombre excepcional que tánto merece ser recordado y enaltecido.

¿Por qué? ¿Quién fué Pestalozzi? ¿Qué es lo que, esencialmente, le debemos?

Entre todas las artes y las ciencias, no hay duda de que la más útil y la más noble será aquella que sirva para hacer que los hombres sean mejores. Esa ciencia o arte se llama la educación. Pues bien: si, entre todos sus cultivadores, hubiéramos de señalar uno, como el más representativo, el más eminente, el que más la hizo progresar, tendríamos que citar el nombre de Juan Enrique Pestalozzi.

Así como ensalzamos el recuerdo de los grandes inventores, de los grandes descubridores que nos han enseñado a manejar las fuerzas de la naturaleza, las fuerzas del mundo material, glorifiquemos también hoy a ese admirable descubridor del mundo moral, a ese inventor de técnicas espirituales que nos permiten utilizar las fuerzas dormidas en nuestra propia alma.

¿A quién o a quiénes debemos esa importantísima realidad social que llamamos la escuela pública, la escuela nacional, la escuela popular, y que, a mi juicio, constituye, el mayor progreso, la mayor conquista realizada durante el siglo XIX? ¿Quién, o quiénes crearon esa escuela abierta a todos; en la que todos reciben lo esencial de la cultura; donde todos adquieren una preparación metódica para la vida, y todos, aún los más humildes y desvalidos, participan en los bienes espirituales de la Humanidad?

Sin duda han sido varios los hombres que, a lo largo de los siglos, contribuyeron a esta incomparable creación social. Pero si hay uno en que culmine y se resuma esta obra, ese es Pestalozzi. Fué él quien dió a la escuela pública su verdadero espíritu, su orientación segura, sus métodos pedagógicos. Por eso, en el epitafio colocado junto al lugar en que descansan sus cenizas, se lee, entre otros títulos, éste que es, acaso, el más importante y merecido: «Fundador de la escuela popular».

Es superfluo recordar aquí que Pestalozzi nació en Zurich el 12 de enero de 1746. Su familia, como el apellido lo indica, era de origen italiano, pero se hallaba establecida en aquella ciudad suiza desde la época de la Reforma. ¿Quiénes fueron los antepasados de Juan Enrique Pestalozzi? Entre sus ascendientes pòr ambas ramas, abundan, sobre todo, los hombres de condición modesta, pero de profesiones liberales, predominando, entre éstos, o bien los clérigos, pastores evangélicos, o bien los médicos y cirujanos. Es decir, gentes de clase media intelectual, que, o ejercían la cura de almas, o practicaban la cura de los cuerpos. De ahí, tal vez, Petalozzi, aunque siempre enfermizo y siempre espiritualmente agitado, heredara su perpetua aspiración hacia la salud física y moral del hombre, hacia la plena y armónica elevación de nuestra personalidad.

Hacia los cinco o seis años de edad, Pestalozzi perdió a su padre. Se ha observado con frecuencia el diferente matiz psicológico que muestran los niños en cuya vida y educación influye predominantemente el padre, y aquellos otros en quienes la influencia materna es la que prepondera. En este sentido, Pestalozzi fué, sobre todo, hijo de su madre. Formado por ésta y por la sencilla y fiel *Babeli*, que sirvió como criada en la casa durante más de cuarenta años, Pestalozzi, con su delicada emotividad y su alto sentido moral, es una hermosa muestra de lo que, en educación, puede el influjo de la mujer.

Evoquemos un momento su infancia. El pequeño Juan Enrique vivía probablemente en una casa oscura de aquel Zurich del siglo XVIII, con sus sombrías callejas y sus largos muros, bastante distinto de la hermosa ciudad actual. El hogar, con la piadosa y recluída viudez de la madre, sería honrado, cariñoso, severo y un poco melancólico. Asistía el niño a la escuela, a la triste escuela de su tiempo. Los días de fiesta solía subir a la colina de Höngg, donde, retirado en la aldea, vivía su abuelo, el decano Andrés Pestalozzi, varón austero y de cierta cultura. En este tiempo, nuestro héroe es un niño tímido, impresionable, solitario, devoto.

Ahora, una mirada a su juventud. Pestalozzi tiene ya veinte años. Ha terminado sus estudios oficiales. Está débil, algo enfermo. Lector ardiente de Rousseau. Es un soñador que anhela—que anhela y que espera—la redención del pueblo y la renovación del mundo. Quiere, a la vez, moralidad y emancipación. Pertenece a la sociedad llamada de *Los Patriotas*. El alma de ella era un obrero a quien daban el nombre de *Menalco*, que murió prematuramente. Junto a su lecho de agonía, dos personas juntaron sus lágrimas: la una era Juan Enrique Pestalozzi; la otra, una mujer, Ana Schulthess, cuyo corazón simpatizaba, emocionado, con aquella corriente de ideas... Tiempo después, Ana y Pestalozzi se unieron en matrimonio... «Una mujer,—escribía él, años más tarde, hablando de Ana—, una mujer cuya grandeza de alma no ha igualado hombre alguno; una mujer que, durante una vida más desgraciada aún que la mía propia, siempre se mostró noble y nunca quedó por debajo de sí misma»...

¿Qué profesión elegiría Pestalozzi? ¿Cuál sería su camino? Tenía ya conciencia del fin, pero vacilaba en cuanto a los medios. Veía a su alrededor la miseria del pueblo, miseria material y espiritual, y deseaba vencerla. «¡Pueblo amado, quiero ayudarte!...», era el grito de su conciencia. ¿Pero cómo? ¿Se consagraría a la Teología? ¿Cultivaría el Derecho? A temporadas, fué sólo un escritor, un publicista. Decidió, al cabo, dedicarse a la agricultura, pero por razones morales; no buscando el lucro personal, sino entendiendo que en el amor al campo, en el perfeccionamiento de la labor rural, combinada con la industria fabril, entonces naciente, podía hallarse el principio de la salvación del pueblo.

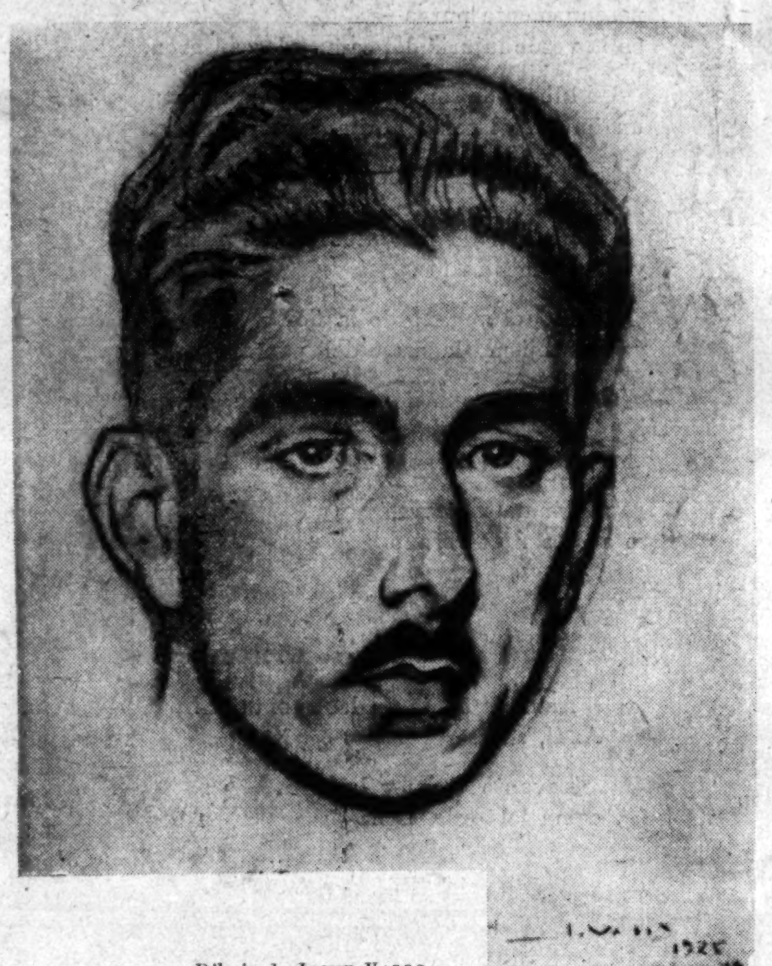
Asomémonos ahora a la granja de Neuhof. Allí, Pestalozzi, hombre ya de unos treinta años, vive con su esposa y con su hijito, el pequeño Juan Jacobo. Ha fundado un albergue para la educación de niños pobres. Es una *escuela de trabajo*, en la cual, como en los modernos establecimientos a los que hoy, siglo y medio después, se aplica ese nombre, el trabajo manual se utiliza principalmente como un medio para la for-

(Pasa a la página 299).

Página lírica

de Juan Marinello

=Del tomo *Liberación*. Poemas. Ornamentación de JESÚS CASTELLANOS. «Editorial Mundo Latino». Madrid. 1924.=



Dibujo de JAIME VALLS

NACIÓ en Santa Clara en 1899. La actitud mística de acatamiento y resignación ante una fatalidad inevitable, y la melancolía honda, imprimen a sus composiciones un sabor de romanticismo que, por lo acendrado y puro, parece venirle de Heine. Junto a este tono hallamos una manifiesta tendencia metafísica, aunque no de franca especulación, sino más bien de sutiles sugerencias al margen de los grandes misterios. Estas características revelan la influencia decisiva de Amado Nervo, uno de los maestros que más fuertemente marcaron su huella en la poesía de Marinello, influencia de la que parece ir librándose en sus más recientes composiciones, en las que hallamos un matiz más personal. Agustín Acosta, refiriéndose a este poeta, ha dicho: «Una suprema delicadeza, al extremo de que teme entrar en el cuerpo de las cosas, hace de Marinello un poeta triste; pero no es la tristeza honda del asunto, no es el desgarramiento, es la tristeza que llevan en sí todas las cosas delicadas. A veces la delicadeza, la vaguedad, implican carencia de matiz, y aunque esta falta suele ser su encanto, hallamos que los poemas de Marinello son tanto más encantadores cuanto más matiz hay en ellos, porque el matiz es la impresión de la propia alma en ese molde, en esa arcilla de la forma artística». Es posible señalar cierta indecisión, cierta inseguridad en la síntesis de su poesía, como si en ella faltara algo complementario, como si se hubiera dejado de decir algo que necesariamente se esperaba; impresión que quizá se deba a que en Marinello hay un poeta de matices junto a un poeta de ideas, y aquel domina e impone su tonalidad con menoscabo de éste. Su orientación más reciente parece llevarle a una expresión más sincera de sus sentimientos; ya no es solamente el tono el que da valor a la composición, sino la propia ideología, de alta distinción espiritual, expresada en forma grave y mesurada.

LIZASO Y F. DE CASTRO

(La Poesía Moderna en Cuba. (1882-1925) Madrid. 1926).

Orilla

A JUAN MARINELLO

Marinello: ¡Salud!... Pero no te liberes
de tu preciosa carga con tanta prontitud:
ya pasaste la inquieta linde de los placeres,
¡y eso que todavía tienes la juventud!...

Abandona la túnica, y que tu veste única
sea la de tu espíritu preclara desnudez...
Ascenderás... Tú mismo serás tu propia túnica
una vez y otra vez...

Juan Marinello: inquiere del horizonte zarco
la vela que te anuncie la presencia del barco
que estás pidiendo a gritos ebrios de poesía...

Pero, Cortés del Verso, no des fuego a tus naves,
y ten siempre a la orilla tu barco; ¡tú no sabes
para qué nuevas fugas te servirá algún día!...

AGUSTÍN ACOSTA

Cuando estas aguas se serenen

Cuando estas aguas se serenen, Amor,
¡cómo se regocijarán los lagos interiores
y cómo serán entonces fructíferas y largas
nuestras meditaciones!

Sobre las aguas quietas
se anunciará una rara claridad,
y quedaremos para siempre estáticos,
como reflejos de la Eternidad.

Si es que el dolor está en lo oculto,
como afirmaba el Ejemplar,
no habrá dolores, porque todo

—cuando estas aguas se serenen,—
tendrá el prestigio nuevo
de una trasparencia de cristal.

Ya no sentía la tarde

Ya no sentía la tarde
ni el alma.
Viniste tú,
y hubo un espanto de soles
en los viejos corredores
traspasados de tu luz.

Marcho en la tarde dorada,
y el campo todo pregunta:
¿Cómo ilumina el sendero
este, que fué sombra y duelo
eternos?
Hay un asombro
en la pupila del río
(y soy un dulce rubor
al duro sol del estío).

Me voy fundiendo en la llama
de la nueva quemadura:
tengo un gigante clamor
que empavorece la altura

de los montes, y un rumor
estelar entre las sienes.

No ven los miopes senderos
en el pecho amanecido:
sólo me ven en la tarde,
y voy marchando contigo.

El alma ya no sabía
de auroras.
Llegaste tú,
y hubo un espanto de soles
en los viejos corredores
traspasados de tu luz.

Yo sé que ha de llegar un día

Para José María Chacón y Calvo

Yo sé que ha de llegar un día
claro como ninguno,
y que la antigua alegría
vivirá de nuevo a su conjuro.

Yo sé que ha de llegar un día.

Yo sé que esta tristeza,
sin causa y sin objeto,
—que es como un don divino,—
se alejará en secreto,
igualmente que vino.

Yo sé que en una tarde
que tendrá una tristeza insuperable,
se hará el milagro, y al llegar el día,
renacerá mi claridad interna,
¡la claridad tan mía!

Yo sé que será tarde
para amar y reír.
Yo sé que el corazón, al deslumbrarse
con la nueva alegría,
añorará su antigua tristeza inexpresable.

Yo sé que será tarde,
mas espero ese día.

Anochecer en la montaña

Para Mariano Brull

En estas soledades,
¡cómo se encuentra el alma con el alma
y cómo se presienten las inefables cosas,
sin gastadas retóricas
y sin música vana de palabras!

Con el misterio de la tarde unidos,
—dulce virtud extática,—
¡cómo se funde el oro de la tarde
en el oro del alma!

Flota un presagio de misterio. Somos
uno con el paisaje, desligados
de toda cosa humana,
y nos parece comprenderlo todo
al entrar en la Nada.

(A la injuria del sol va sucediendo
la cariciosa plata
lunar, que entre las hojas
de los almendros salta).

En estas soledades de la noche,
¡cómo se encuentra el alma con el alma!

Imaginando nieves

Para Juana de Ibarbourou

Y los altos neveros
lloraron largamente sobre el llano.

Aguas de las alturas
—eternamente frías,
perennemente puras—
en la verde lujuria del campo descansaron.

Un albear de serena realización, arriba;
un impulso latente de impurezas, debajo.

Ya dardean los soles
al invierno, y el campo
irrumpirá en un loco alborozo de yemas
y de jóvenes tallos.

Vendrá el engaño de la flor
y el espejismo lacustre del pantano.

No tiembles, pusilánime corazón, si ya
apuntan
el Deseo y su eterno compañero, el Fracaso:

Imaginando nieves,
se acortará el verano.

Tarde

Para Conrado W. Massaguer

Azul de tarde en las montañas.
Azul, azul.

Levanta el buey la testa
como la tarde, llena
de pensativa luz.

Por todas las veredas
hay árboles que huyen
hacia la noche.

Encienden
sus flámulas las cañas,
y agobian sus penachos
con un susurro humano
las románticas cañabravas.

Hay un jirón de tarde
cautivo en cada cosa.

Dentro del pecho duelen
las ligaduras rotas
por algo que pretende
emigrar.

Azul de mar entre las cañas.
Azul de mar.

Y esta eterna nostalgia

Para Jorge Mañach

Y esta eterna nostalgia de las alturas,
y este
atalayar eterno de cumbres intocadas
e inaccesibles, ¿cuándo
morirán en el alma?

¿Por qué, si no podemos volar, sueñan
un vuelo
las alas ideales que se aferran al suelo
sangrando el vencimiento? Si humana
podredumbre
somos, ¿por qué se irisan los ojos con la
lumbre
celeste? Si en el viento
ha de perderse el verso como inútil lamento
¿por qué nace en nosotros el verso? Por
qué ansiamos
esta chispa divina que nos prende el ocaso,
si ha de ser en las sombras de la noche
que llega
la cineraria flama de su propio fracaso?

Alma loca que olvidas que la vida es
yantar,
¡olvídate a ti misma y cierra las ventanas
que dan al sol y al mar!

Las voces

Se hicieron en la espera
las voces de la piedra
y del árbol.

La voz del árbol dijo del renuevo
fragante y de los cantos
hermanos de las hojas. Dijo
de primavera y de verano.

La piedra habló de larga
quietud; del soberano
persistir en las horas
idéntica a sí misma,
sin inútiles cambios.

Quiso la voz de piedra
hacerse piedra en el callado
meditar.
Pero el árbol
lanzaba a los caminos
su canto.

Las túnicas

En cada puerta que traspongamos
abandonemos una túnica:

la negra del Dolor,
la blanca del Amor
y la roja de la Lujuria.

En cada túnica gemirá
lo que pudo ser y no fué
y lo que ya no será.

Y en la renuncia de cada cosa
cantará una clara luz
de liberación dolorosa.

Cuando la llama esencial
luzca sin velos turbadores
y no haya Bien ni Mal,

no seremos—en el lento
y poderoso cambio de las horas
ni en el atisbo del momento,—

pero comenzaremos a ser
en lo inmutable. Rotas las amarras,
¡cáñamo torpe de las túnicas!,
empezaremos a ascender.

Juan Marinello

Habana. Cuba.

El centenario de Pestalozzi

(Viene de la página 296)

mación intelectual, moral y social. En la alquería de Neuhof, los niños labran la tierra, cultivan las hortalizas, hilan y tejen la lana. Comenzaba entonces a aparecer la gran industria, y con la gran industria, todos los problemas económico-sociales que han agitado después a las masas obreras. Muchos pensadores de aquel tiempo creían que la creciente industria envolvía un peligro moral para el trabajador. La fábrica corromperá al campesino. Pero Pestalozzi, que miraba al porvenir, no se dejó dominar por esos temores. La industria, en sí misma, no es moral ni inmoral. Lo que importa es hacerla servir para la realización de los ideales humanos. «Segar o hilar—decía—arar o tejer, no hacen al hombre ni mejor, ni peor». Todo depende del espíritu con que trabaje, lo mismo en la campiña que en la fábrica. «Lo esencial es que la ganancia no sea el único, exclusivo y último fin de la industria, sino sólo el medio para alcanzar el verdadero fin de una educación humana».

Unos cincuenta niños pobres viven en la granja de Neuhof, trabajan y aprenden. Pestalozzi parte con ellos el pan y les da entera su alma. Es para aquellos niños desamparados el mejor de los padres, el más abnegado de los camaradas, el más entusiasta de los maestros.

Pero este apóstol humanitario es, al mismo tiempo, un filósofo, un meditador genial de los temas de la educación. A la vez que echa las bases filantrópicas de la escuela popular, comienza a elaborar su nueva metodología. No es esta la ocasión de exponer lo que la Pedagogía actual debe a las ideas pestalozzianas. Baste recordar que no hay, acaso, en la Historia de las doctrinas de la Educación una figura de mayor relieve que la del maestro de Neuhof. En Neuhof, con Pestalozzi, la antorcha del pensador y la aureola del santo iluminan aquella mísera granja, piedra fundamental de la moderna escuela. Pensando en su ulterior influjo para la cultura y para la elevación moral de las clases populares, la pobreza de aquel asilo de Neuhof tiene claridades de aurora, humildes reflejos de un Portal de Belén.

Es, en esta ocasión, innecesario recordar la larga carrera de Pestalozzi, citar sus obras, seguir la evolución de sus ideas pedagógicas, relatar sus sucesivos ensayos escolares en Burgdorf, en Buchsee o en Iferten. Conoció la fama y la gloria. Fué escuchado por los grandes, admirado por el pueblo, amado por los niños, venerado por las almas buenas. También conoció los aparentes fracasos, el desdén, la calumnia, la humillación. Su vida, en general, fué una vida de dolor. En sus últimos días se vió injuriado y abandonado, y hubo de recogerse, a los ochenta años, junto a su nieto, en aquella misma granja de Neuhof, donde, medio siglo antes, diera comienzo a su obra. Acaso, el anciano Pestalozzi perdió entonces la fe en sí mismo, pero la fe en su obra no la perdió: ni la fe en su obra, ni la fe en Dios.

Murió cristianamente, como había vivido, perdonando a sus enemigos y rogando a sus amigos que le recordaran con afecto y que pusieran sus mejores energías en realizar, después de su muerte, los ideales a que él había consagrado su vida. Al descansar para siempre, quedó en sus labios, ya inmóviles, una dulce sonrisa infantil. Al cabo, el genio no es sino un grande hombre que ha sabido guardar intacta su niñez.

Ahora, el día 17 [1], se cumplen los cien años de su muerte. ¡Que esa conmemoración secular sirva para acrecentar nuestro interés hacia los niños, hacia la escuela, hacia la labor educadora!... Durante mucho tiempo no hubo sobre la sepultura de Pestalozzi lápida alguna, sino sólo un viejo rosal maravillosamente florido. Aquella tumba anónima correspondía a la humildad del maestro, en tanto que las rosas, dando al aire luminoso su perfume, parecían simbolizar la excelsa fecundidad de su obra, que retoña en cada primavera y vuelve a florecer en la infancia de cada nueva generación humana...

LUIS DE ZULUETA

(*Revista de Escuelas Normales*. Guadalajara, España).

1 De febrero de 1927.

Pestalozzi y Beethoven

(De *La Libertad*. Madrid).

El 17 del pasado febrero celebramos el primer centenario de Pestalozzi. Ahora, el 26 de marzo, conmemoramos el de Beethoven. Hace un siglo, y con un intervalo de pocas semanas, murieron esos dos hombres, verdaderamente grandes, cuyo espíritu sigue viviendo en sus obras, y cuyas obras, a su vez, continúan viviendo en nuestro espíritu. El uno, el genio de la música, eleva el alma a un mundo de armonías. El otro, el genio de la educación, nos enseña a desenvolver, dentro de nosotros mismos, las armonías del alma.

Cien años hace, murió Pestalozzi en Brugg, la humilde ciudad helvética, en una casa modesta de estrechas ventanas y obscuros tejados. Expiró como un santo, perdonando a sus enemigos y pidiendo a los amigos que prosiguieran, después de su muerte, la realización de los ideales a que había consagrado su vida.

Hace también cien años, falleció Beethoven en Viena, en un pobre lecho descuidado, con la serenidad de un estoico. «Sufro con paciencia—escribía desde la cama—, y pienso en que no hay mal que no nos traiga algún bien». Murió en un día de tempestad, entre relámpagos y borrascas de nieve, como en medio de una última sinfonía de la Naturaleza.

La muerte de Pestalozzi había sido su última lección.

* * *

Entre Pestalozzi y Beethoven hay muchos puntos de semejanza, muy sugestivas analogías.

Los dos son casi alemanes, sin serlo del todo. Ambos hablan la lengua alemana y se formaron preferentemente en la cultura germánica. Beethoven nace en Bonn, junto al Rhin; pero era de descendencia flamenca. Pestalozzi viene al mundo en Zurich, Suiza alemana; pero sus antepasados fueron de origen italiano.

Físicamente, los dos fueron enfermizos, mas de fibra poderosa y resistente. De rostro incorrecto pero expresivo. Con frecuencia distraídos, huraños, desaliñados en el vestir. Ambos parecieron, en ocasiones, un poco salvajes. En el fondo, ambos, de una exquisita delicadeza. Recordemos, no obstante, los viejos zapatos sin cordones de Pestalozzi y la zamarra robinsoniana de pelo de cabra que usó Beethoven. Uno y otro llevaban en la fisonomía las huellas de la tristeza y la amargura. Los dos, empero, conservaron en lo íntimo del corazón, una esperanza inquebrantantable, que hacía sostener a Pestalozzi su doctrina de la bondad natural del hombre, e inspiraba a Beethoven, sordo, envejecido y abrumado, su himno a la Alegría.

Ambos fueron moralmente huérfanos: Pestalozzi, por perder muy pronto a su padre, y Beethoven, por tener un padre indigno de él. Vivieron los dos una infancia triste. Los dos lucharon constantemente con las flaquezas del propio cuerpo; con el humor desigual y melancólico de sus mismas almas; con el ambiente de incomprensión, de burla o de franca hostilidad; con los apuros económicos y las miserias materiales. Pestalozzi sabe lo que es vivir como un mendigo. Beethoven, en el lecho de su larga agonía, más aún que del dolor de la enfermedad, se preocupa de la falta de recursos.

La existencia de esos dos hombres fué un combate titánico y ejemplar, no sólo contra los obstáculos y dificultades exteriores, sino contra las propias dificultades y los obstáculos internos. En este último aspecto reside la intensidad patética y la gloriosa fecundidad de la tragedia de la vida.

Beethoven lucha con su sordera. Empieza a sentir que se debilita su oído hacia los veintiséis años y acaba por perderlo totalmente. Sus mejores obras no las oyó jamás. Su música era puramente interior. Al mismo tiempo, Pestalozzi, el creador del nuevo método pedagógico, lucha con el carácter antimetódico de su propio pen-

samiento. Desordenado, establece el orden psicológico en la educación; distraído, es el maestro de la enseñanza intuitiva. «Podía enseñar a escribir—afirmaba, aunque con exageración—, sin saber hacerlo yo mismo correctamente...» «He jugado en cierto modo con la necesidad. He vencido dificultades como montañas...»

Tanto Pestalozzi como Beethoven conquistaron al cabo la fama y la gloria. En el Instituto de Iverdon, Pestalozzi fué admirado por el mundo entero. Su sistema de enseñanza se propagaba a los otros países. También Beethoven, hacia esa misma época, triunfaba plenamente en Viena, festejado por príncipes y magnates. Pero los dos conocieron algún tiempo después la ingratitud y el olvido. Sus últimos días fueron días sombríos de penuria y abandono. Corresponden al período que siguió a la Santa Alianza, en que una reacción política pesa sobre Europa. Beethoven vaga mísero y solitario por los extramuros de la ciudad. Pestalozzi, octogenario, hubo de abandonar su Instituto y recogerse, junto a su nieto, en la antigua granja de Neuhof.

* * *

Esos dos grandes hombres tuvieron, además, un extraordinario parecido en sus ideas religiosas, políticas y sociales.

Dos almas creyentes, llenas del sentimiento de la Divinidad. Las dos, calumniadas y aun perseguidas por un confesionalismo estrecho o farisaico. Por una manifestación que se tuvo por impía fué denunciado a la justicia Beethoven, precisamente en la época en que estaba escribiendo su *Misa en re*. A Pestalozzi le acusaban de que, en su escuela de Burgdorf, no enseñaba según el catecismo de Heidelberg...

Ambos se entusiasmaron con el fondo ideal de la Revolución francesa. Ambos creyeron que Napoleón, recogiendo ese fondo ideal, haría triunfar en Europa el principio de libertad. Ambos se desengañaron ante la conducta de Bonaparte. Le visitó Pestalazzi, y no se entendieron. Le consagró Beethoven su *Sinfonía heroica*, y luego, al saber que el primer cónsul se había coronado emperador, enmendó la anterior dedicatoria y renegó del ídolo. «No es sino un hombre como los demás»... exclamaba desengañado.

Beethoven, como Pestalozzi, amaba la libertad con todo el fervor de su corazón. Pestalozzi, como Beethoven, quería hacer posible el reino de la libertad, desenvolviendo en las conciencias el sentido moral y la disciplina interior. No hay disciplina más estricta, más perfecta, que la de la técnica de una sinfonía. Oídla, y percibiréis como de ella brota un anhelo infinito de libertad. La pedagogía de Pestalozzi es, cual obra de arte, una delicada disciplina psicológica. Estudiadla, y veréis como ella es el cauce ordenado por donde fluye libremente la creadora espontaneidad del alma del niño. El gran maestro de escuela era un músico de las almas, como el gran maestro compositor era un educador del sentimiento. Ambos hubieran podido repetir estas palabras del propio Beethoven al archiduque Rodolfo: «La libertad y el progreso son el fin del arte, como de la vida toda».

LUIS DE ZULUETA.

Agustín Nieto Caballero en Costa Rica

(Viene de la página 295)

hijo predilecto de una patria que antaño fué la vecina del lado, y hoy con sus filósofos, con sus pensadores, con sus estadistas, con sus poetas y literatos, maestra en muchos aspectos de nuestro espíritu, ya veis que vuestra EMBAJADA, aún sin las credenciales de una plenipotencia, no siempre necesaria y con frecuencia estorbosa, es para los costarricenses objeto de gran interés, y para los miembros de ésta nuestra Sociedad motivo de especial regocijo.

Otros hombres y en otras ocasiones harán vuestro elogio, y hablarán de vuestra fecunda obra pedagógica en Colombia, de vuestro Gimnasio, que como aquellos otros de la Antigua Grecia, es centro de cultura intelectual y física, de idealismo y sentido práctico de la vida.

Dirán como siendo personalmente acaudalado, con las prerrogativas que una elevada posición social ofrece, con prestigios que por amplios ya no caben en los límites que las fronteras artificiosas impusieron a la patriótica visión bolivariana, vivís para la juventud de vuestra patria, para las glorias de su inmortal espíritu, precisamente en el momento en que el ginete de la codicia cabalga sobre la cordillera Andina para someter a su férreo positivismo todas las virtudes que por ser ingénitas a nuestra raza constituyen su fuerza y la esperanza en sus futuros destinos. Mi propósito es otro. Yo aspiro a deciros algo, sin orientación ni método, como quien espiga aquí y allá, acerca de los «Prestigios de Costa Rica», y de su aporte a la civilización continental; algo resumido, como lo exigen las circunstancias, de todo aquello que puede ofrecer algún interés a la docta, y seguro curiosa observación de un Maestro y Pensador de vuestros indiscutibles méritos.

Pero hay en este procedimiento un vanidoso cálculo. Lo digo con sinceridad para que veáis—que no todo entre nosotros es galantería y desinterés; sólo que nuestro pecado es de aquellos que pueden facilmente alcanzar de vuestra benevolencia, una segura absolución.

Los costarricenses, nos damos cuenta de que constituimos un pueblo militarmente *indefenso*. El problema del desarme que tanto revuelo ha venido haciendo desde los tiempos de Pedro el Grande de Rusia, y que en nuestros días ha dado vida al Partido Mundial de la Paz, está de hecho resuelto en Costa Rica. Permitidme que diga que Coolidge y Briand podrían tomar *(mitad en serio y mitad en broma)*, como modelo de un país desarmado, a Costa Rica. Por supuesto que nuestro desarme, no es sólo la resultante de nuestro amor a la paz, sino de nuestra especial situación en el continente. Pero un pueblo no puede vivir sin gloria ni vivir indefenso, y la fuerza bélica que nos falta, debemos sustituirla por alguna otra, y ésta otra sólo puede ser la SIMPATÍA INTERNACIONAL, basada en nuestra cultura interna.

Nosotros tenemos que hacer de los problemas nacionales, que son problemas *defensivos*, problemas continentales; no por nuestro antojo, sino por el alcance continental que ellos tienen; necesitamos ponerlos a la vista de todos; y especialmente bajo el estudio de los intelectuales de América, porque como decía en otra ocasión: ELLOS TIENEN QUE SER UN DÍA U OTRO, LOS JUECES DE NUESTRA CONDUCTA, O EL RESPALDO DE NUESTA ACTITUD.

En obediencia a esta moderna comprensión de nuestros intereses, que es nueva porque no está todavía bien digerida, es que la Sociedad en cuyo nombre tengo el honor de hablar, se toma especial empeño en que todos los hombres prominentes que nos visitan, encuentren en nuestro afecto la más cariñosa acogida. No es entonces de extrañar, que tratándose de persona de tan alta mentalidad, como es la vuestra—y como EDUCADOR, de tan ejemplar palabra y pensamiento, aspiremos, por todos los medios a nuestro alcance, a ganar vuestra simpatía para Costa Rica, y a explicaros a la vez, la índole de nuestros más interesantes problemas. Y lo hacemos con la conciencia de no ser inoportunos, porque un gran Maestro, no puede tener una visión unilateral de la vida y de las cosas—sino las múltiples facetas de un diamante, a fin de poder vincular a la escuela, todos aquellos problemas que tendrán que ser más tarde objeto de las preocupaciones continentales de sus educandos.

Pero desde luego no me hagáis anticipadamente el agravio de suponer que ha de faltarme tacto, para entrar en el estudio de temas tan amplios como interesantes, que no olvido que no es a mí sino a vos, a quien hemos tenido el honor de venir a escuchar en esta noche; pero, por no dejar del todo floja e inconsistente esta alocución, permitidme que, en visión cinematográfica, adelante algunas ideas acerca de lo que me aventuro a creer de algún interés para vuestras personales observaciones, y para el alto pensamiento que informa la cultura de vuestro privilegiado país.

El pueblo más infecundo de América para la semilla, tan pródiga en nuestro continente, de las ambiciones presidenciales, es, sin lugar a duda, Costa Rica. Si hay demanda cada cuatro años de hombres para la presidencia, no hay oferta. Ella se considera entre nosotros una carga, que no se rehuye, pero que tampoco se ambiciona, como en otras partes, especialmente de Centro América. Como negocio es pésimo, y como honor exageradamente caro; tan caro, que en nuestra historia política de un siglo, no se registra el caso—salvo una que otra excepción—que no hace otra cosa que confirmar la regla—de que un Jefe de Estado no HAYA salido del poder en personal bancarrota.

Desde el punto de vista de la Educación y la Instrucción públicas, es de observar que ambas están elevadas en Costa Rica, a la categoría de la más alta preocupación nacional; y que es en orden a estas ideas que los hombres y las aldeas compiten en creciente actividad, no sólo porque se les nombre el maestro, sino también por tener para su escuela un EDIFICIO propio; y que no es remoto el caso, sino por el contrario, de frecuente ejemplaridad, que un edificio público de esta naturaleza lleve el nombre y apellido de un *gamonal*, de camisa blanca y pie en el suelo, acaso todavía analfabeta, como recompensa al patriótico desprendimiento de haber donado terreno y construcción en su costo total, para fines escolares [1].

Como hacíais observar en el tren, señor Nieto Caballero, el Problema de Educación Pública, está en el mismo pie en que estuvo hace más de un siglo, la primera máquina a vapor. Queríais decir que aún está todo por hacer. Pero el problema más grave hoy para el sociólogo y para el estadista, no es el de la escuela ni el de la extensión universitaria, sino el PROLETARIADO INTELECTUAL.

Si el Estado tiene la obligación y el deber de estimular los estudios escolares y universitarios, y el país lo apoya en esa noble tarea, es porque recuerdan y saben «que la inteligencia es el alma de los reinos, y que no hay Gobierno ni pueblo grande y espléndido que no estén alumbrados por la luz celestial de la inteligencia»; pero ambos tienen entonces la obligación imperativa de preveer, que un título por ellos otorgado, no sea una credencial de *miseria*; ni que la palabra INTELECTUAL, como comienza a ocurrir en todas partes, sea por falta de oportunidades regionales, SINÓNIMA de INÚTIL ni de VAGABUNDO.

Una de las características de la América Hispana es la incapacidad para la vida administrativa, y como consecuencia de ella, la IMPREVISIÓN.

El estudio atento de este fenómeno racial, nos ha aconsejado rectificar a tiempo nuestros errores anteriores: y así, mientras otros pueblos de más larga historia y de más vasta experiencia comprometen las riquezas naturales de su suelo con hombres e instituciones de otros países más listos,—nosotros, adelantándonos a los acontecimientos, nos hemos preocupado, y estamos aún preocupados, en conservarlas en beneficio del interés común.

Así se explica, que las Fuerzas Hidráulicas de nuestro territorio, que se estiman en varios millones de caballos; los CARBUROS e hidrocarburos, como el petróleo, ese quinto caballo del Apocalipsis que cabalga en su negro corcel, anunciando la guerra y la crisis de las soberanías: y las VÍAS AÉREAS, que como un velo de novia puso la naturaleza sobre la faz risueña de la tierra, para que con la red de sus hilos sedosos e invisibles la envolviera en su totalidad, hayan sido nacionalizados en Costa Rica, para que bajo la alta protección del Estado, cumplan y practiquen en su oportunidad los humanos fines a que fueron destinados.

Tomad nota finalmente, estimado señor Nieto—de que la base de nuestra prosperidad económica y de nuestra tranquilidad social—descansa en la enorme división de la propiedad territorial de que disfrutamos. Ella, como hacía notar Mr. John M. Keith en la Sociedad Económica de Amigos del País, nos ha permitido pasar del Régimen Feudal al Régimen Capitalista, que ha dominado en el mundo hasta ahora, sin las grandes conmociones que han agitado a otros pueblos. La previsión jurídica de nuestros estadistas, nos ha permitido, mediante una sabia ley de HERENCIAS, extraña al principio hereditario de la PRIMOGENITURA O MAYORAZGO—que aún existe en algunas partes de Europa, facilitar el régimen de la división territorial, que debidamente controlada por la Institución del Registro Público de la Propiedad, la primera Institución de América en su género, ha hecho, al decir de extranjeros prominentes que nos han visitado, un pueblo especialmente preparado para la vida democrática en América.

***

La civilización, como tuve el honor de advertir desde las columnas del REPERTORIO AMERICANO, ha hecho de puntos geográficos oscuros antes, de naciones desaparecidas, de problemas políticos y sociales, de teorías filosóficas desconocidas u olvidadas, centros y problemas culminantes de la vida moderna. Costa Rica es uno de ellos: su posición geográfica la coloca entre aquellos centros privilegiados de la tierra, a cuya explotación es razonable que aspiren a competir todas las fuerzas absorbentes y monopolizadoras que se han dado en llamar *civilizadoras del mundo.*

La conciencia de tal situación aconseja a los costarricenses una conducta cautelosa y prudente, porque siendo pequeños, débiles y aislados, no creyendo en el *Hispano Americanismo*, como fuerza material y activa, puede decirse que no tenemos esperanza en la protección de nadie, y que por lo mismo, nuestros destinos están en nuestras propias y exclusivas manos.

El caso de Nicaragua está muy cercano para que no sea un vivo ejemplo de nuestros peligros, y una muestra constante de la torpeza administrativa de un país, de quien decía el Presidente Alesandri de Chile «que era un pueblo gigante manejado ahora por pigmeos». La alusión es oportuna para recordar que *El Tiempo* de Bogotá, ha dado una muestra rara de solidaridad continental prestando su preferente atención a este escándalo nicaragüense; y que una pluma indiscutiblemente maestra, animada por un superior espíritu, ha despertado la atención, y comprometido la gratitud de quienes nos ocupamos de estos problemas.

Antojo me dá de hablar de todas estas cosas; y de otras que se relacionan con el problema mal comprendido en el Sur, de la Unión Centro Americana, del Canal por Nicaragua, y de nuestros asuntos bananeros y territoriales; pero como dije antes, no es esta la oportunidad para ello.

***

Al volver a vuestro Gimnasio, al calor de vuestro hogar, adonde una esposa inteligente y comprensiva os espera; al volver a la tierra colombiana, que tanto admiramos, decidle a todos que hicimos cuanto estuvo al alcance de nuestras posibilidades por distraeros de tan dulces afectos y por demostraros nuestro agradecimiento, por haber elegido a Costa Rica para vuestra primera visita internacional. Decidles también, que para recibirlos a todos, están siempre nuestras manos listas y abiertos nuestros brazos.

Y vosotros, jóvenes estudiantes de Colombia, cuando volváis a vuestras escolares tareas, pensad también en Costa Rica; en los jóvenes amigos que dejáis en ella; en la simpatía que habéis sabido conquistar con vuestra conducta y gentileza. Recordad que antaño, cuando aún flameaba so-

---

1 En 1926 teníamos 475 escuelas con 41,926 alumnos y una población de 600.000 habitantes. Conforme a una ley vigente el 10 % de 10s turnos para fines religiosos corresponde a las escuelas del lugar.

bre los Andes la bandera de Aragón y de Castilla, un joven como vosotros, genio después, que se llamó Bolívar, fué en peregrinación por otras tierras y otros mundos, de las manos de un Maestro que, como Nieto Caballero, quiso dar a su privilegiado alumno, fuera de la Escuela y de la Patria chica—una visión más amplia y objetiva de lo que es el hombre; para que modelando su espíritu en los crisoles de lo grande y misterioso, de lo que está más lejos de la aldea y del mar, pudieran surgir después los Ciudadanos de América, acaso los Argonautas de mañana, que seréis vosotros y a quienes el Mar Antillano, el *Mare Nostrun*, vive desde luengos años agitándose de impaciencia por recibiros, dando vida a la vez, a la *Confederación Antillana*, que ha de envolver bajo los pliegues de una misma bandera, a todas las naciones Hispánicas, que hoy se bañan en sus playas eternamente intranquilas... como el pensamiento de sus hijos.

Don Agustín Nieto Caballero,
hombre de negocios espirituales

Me decían que este don Agustín cuenta comerciantes entre sus antecesores. El informe se me daba mientras podía contemplar a mi sabor al hombre, joven de unos 35 años, más bien bajo que alto, metidito en carnes, parado con mucha seguridad en la tierra; líneas fuertes que se dulcifican en torno de su sonrisa y de la mirada simpática de los ojos ligeramente bizcos, y toda su figura irradiando en torno suyo una fuerza de atracción semejante a la del imán con el hierro. Mirándolo, encontraba el informe perfectamente natural; aún más, lo imaginaba a él mismo, en el trato de un buen negocio entre la caja de hierro, escritorios y pesados libros de contabilidad. Y sin embargo su figura no desentonaba en aquel paisaje del Parque Bolívar al pie de la estatua del Libertador: en el fondo una colina sembrada de pinos jóvenes, sobre su cabeza ramas de laureles —cuyas hojas pudieron haber coronado sienes heroicas—y a su alrededor grupos de estudiantes.

Yo me decía: ¿por qué canales misteriosos pasó la inclinación y el hábito de comprar para vender ganando, hasta el nieto? ¿Qué influencias, qué ambiente, lograron desviar costumbre y proclividad y encauzarla verticalmente? La tendencia de sus mayores fué horizontal, la suya tiene un extremo bien asentado en el suelo, mientras el otro se dirige con nobleza hacia lo alto, y posiblemente él no suponga éste superior a aquél.

Lo que oí decir después a don Agustín y lo que de él o sobre él he leído me hacen pensar que se mueve impulsado por la fuerza que imprimieron sus antepasados, hombres de negocios, en la corriente de su vida, porque don Agustín es un comerciante, pero un comerciante en géneros espirituales de alto precio. Eso sí con la psicología de un hombre de negocios moderno.

Es imposible oirlo sin comprar de su valiosa mercancía, sin convenir en que el trato que propone es magnífico. Pone en juego todos los resortes secretos que posee, para convencer al cliente más desconfiado.

¡Con qué entusiasmo extiende ante nuestros sentidos su anhelo y la acción realizada en educación! Habla con la seguridad de aquél que ha llevado algo a cabo, de quien sabe que el artículo que vende es de gran valor; marcha con el optimismo constructivo que esa certeza engendra.

Y su optimismo no es de los que imaginan tontamente que vivimos en el mejor de los mundos habitados. Es quizá el resultado de la certidumbre de que no es el mejor y por lo tanto, de que debemos empeñarnos y trabajar por volverlo de verdad habitable.

Su entusiasmo es contagioso; la incredulidad o la indiferencia ceden ante su convicción, y como dije antes, es preciso comprarle lo que ofrece, hacer lo que él desea.

Hay que oírlo narrar cómo logra convencer a tres ministros de Bélgica para que permitan al Dr. Decroly, empleado en sus correspondientes dependencias, venir a Colombia a ayudarle en su empresa del Gimnasio Moderno. Y el Doctor Decroly vino a Bogotá porque así lo quiso don Agustín Nieto Caballero, hombre de acción ascendente, descendiente de gentes de negocios.

De él escribe este gran pedagogo belga en un artículo sobre el Gimnasio Moderno de Bogotá, publicado en *Pour l'Ere Nouvelle* de Bruselas, la más alta revista pedagógica de Europa, el siguiente elogioso párrafo:

«Para aventurarse en semejante iniciativa [1] y para obtener éxito en ella, se necesitaba un hombre de temple excepcional, dotado de raras prendas, animado de grande amor por su patria, de clara visión de los destinos de ésta, de positiva simpatía por la infancia y por su felicidad futura; se necesitaba a un hombre de viva inteligencia para comprender y hacerse secundar, y de una laboriosidad y perseverancia a toda prueba para continuar sin descanso ni desaliento la tarea emprendida, y, además, sin duda, y *last but not least*, un hombre no escaso de recursos materiales, suficientes para procurarse la comodidad y los medios financieros indispensables para semejante empresa.»

Sin embargo, no es extraño que alguien tome a don Agustín Nieto Caballero,—así considerado por uno de los varones más nobles en el dominio de la educación—por un agente viajero, como sucedía a Ganivet, según la naturalidad con que procede. Al verlo moverse en las diferentes partes en donde tuve oportunidad de hacerlo, recordé lo que de este español escribió un amigo suyo: «...donde quiera que entrase o estuviera, tren o coche, posada o calle, procedía con tal desmbarazo e independencia, que sus libres, alegres y sueltos modales contrastaban al punto con la hidalga e hipócrita tiesura y la necia afectación de que los españoles solemos dar

(1) Se refiere al establecimiento del Gimnasio Moderno de Bogotá.

muestras en cuanto nos hallamos unos en presencia de otros. Entraba y estaba en el tren como un viajante de comercio, porque entraba y estaba sin preocupación, sin la solemnidad propia de quien ejecuta un acto desusado, etc.»

Y sin la solemnidad propia de quien ejecuta un acto desusado lleva adelante su trabajo educacional sencillamente y contento, proponiendo cuando alguien señala en la empresa una pérdida de veinte mil dólares—lo mismo que lo puede hacer uno de esos visionarios poseedores de grandes capitales—que se resuelvan a perder en la actualidad los cien mil dólares, pues él otea en el futuro lejano, inmensas ganancias espirituales para su país.

La Pedagogía y el Maestro de escuela, cobran a su contacto su verdadero valor humano. Pasa como en esos cuadros de los grandes maestros de la pintura, perdidos entre el mare mágnum de una tienda de cosas viejas: llegan unos ojos inteligentes que saben descubrir la belleza allí donde se encuentra, y sacan la obra maestra a la luz para ser admirada por quienes saben mirar y comprender.

Don Agustín es un pedagogo alegre, de esos que no aplastan de un papirotazo la risa en la boca de sus alumnos: sabe que la niñez y la juventud son propicias a las risas francas como los árboles a los pájaros. A su lado se desvanece la imagen que escuelas y maestros graban de la Educación en nuestra fantasía: una vieja seca, alta, de nariz afilada, labios delgados dispuestos al reproche cortante, mano amenazadora, huesos salientes, traje oscuro a cuadritos menudos y el todo coronado por un moño puntiagudo. En su lugar se levanta una forma ágil, joven y bella, vestida con túnica clara, bajo cuyos pliegues sutiles se adivinan las líneas armoniosas del cuerpo; la cabeza se yergue como un lirio; los ojos brillantes de sabiduría y las manos de amor; sin alas en la espalda que puedan hacer posible una huida de la tierra en donde está su misión; los pies leves, graciosos y fuertes para marchar sin cansancio sobre este suelo cubierto de piedras y de abrojos, pero también de flores y de hierba suave.

Los sistemas educativos no tienen para él un valor trascendentalísimo. Lo que importa a su entender es el maestro. ¡Formar maestros de verdad, dar a las escuelas normales un impulso inmenso! El podría hacer suyas a este propósito, las palabras de Jules Romains: «Hay la palabra y el portapalabra. Dicho por algunos el Sermón de la Montaña tomaría un aire agresivo».

CARMEN LYRA

San José de Costa Rica
Mayo de 1927.

Las privaciones

No me canso de combatir, en los maestros que se me acercan, la superstición del llamado «material de enseñanza». Y la de la «instalación», es claro. En realidad, no hay otro buen «material de enseñanza», no hay otra buena «instalación», que un buen maestro. Un árbol y, debajo del árbol, un verdadero maestro: esto es una escuela.

Cuentan de un catedrático español de la Universidad, que enseñaba a un forastero su laboratorio, mostrando un satisfecho orgullo por la cantidad y riqueza de los aparatos.—«Es mucho mejor lo que tenemos aquí, que lo que tienen en el Colegio de Francia»... El visitante le respondió: «Bien; y, con esto, ¿qué hacen? ¡Porque, lo que ha hecho el Colegio de Francia, lo sabe todo el mundo!»

El visitante hizo bien en decir «ha hecho». Cosas que, en esta venerable institución, fueron vivas y fecundas, hoy lo son menos, tal vez en parte, como consecuencia de cierto excesivo desarrollo de la «instalación» y del «material». Los laboratorios de la casa habían sido en otro tiempo muy pobres. En el suyo, una ruin cocinilla, realizó un día Claudio Bernard, la mayor parte de sus magníficos descubrimientos.

Y ocurrió que un día avergonzadas las autoridades académicas de esta ruindad, se propusieron que cesara, empezando a hacer las cosas como es debido y dotando al genial fisiólogo de un laboratorio opulento.

Llegado el sabio a su disfrute, esperábanse de él nuevos descubrimientos, síntesis imprevistas y deslumbrantes. Pero, ¡oh maravilla!, como si el secreto de la inspiración creadora hubiese quedado adherido a las cuatro paredes vetustas del rincón primitivo, Claudio Bernard, desde su entrada en la instalación modelo, ya no hizo cosa de demasiada novedad. Prosiguió sus explicaciones lúcidas. Sus trabajos utilísimos. Continuó, sin duda, su actividad intelectual. Supo todavía traer a la ciencia nuevos frutos. Pero... ya no era el mismo. Aquella emocionante carrera de adquisiciones, que había durado muchos años, fué haciéndose lenta; los momentos divinos de las revelaciones, se volvieron más raros; el fuego de los días mejores ya no ardía en el nuevo hogar, excesivamente perfecto. Claro que también intervenían, en parte, los años. La coincidencia, con todo, no deja de ser significativa.

Las privaciones valen algo. Las privaciones no siempre son perjudiciales. Las privaciones pueden ser útiles. Un admirable pensador francés que fué a la vez un gran escritor, Joseph Joubert, dejó escrita esta delicada setencia: «Tened cuidado de que falte siempre en vuestra casa algo cuya privación no os resulte demasiado penosa y cuyo deseo os sea agradable». Y la misma sabiduría hablaba, en tal punto, por la boca áurea de Joseph Joubert.

EUGENIO DE D'ORS.

(*El Universal*. México, D. F.)



La Edad de Oro

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

Pasteur

Biólogo francés

La medicina moderna ofrece el curioso aspecto de hallarse asentada sobre los descubrimientos de un hombre que ni fué médico ni estudió particularmente medicina.

Este hombre, Pasteur, es el exponente más típico del experimentador ajeno a toda otra ambición que a la purísima de descubrir e inventar, porque ése es su destino y a él lo lleva directamente su genio.

Del modo—fatal, puede decirse—cómo obraban sobre él las fuerzas ciegas de la investigación, puede dar idea esta anécdota, transmitida por el gran entomólogo Fabre:

Pasteur había ya descubierto los misterios y el origen de las fermentaciones,—podríamos decir de toda la patología microbiana,—cuando su concurso fué solicitado por los sericultores del sur de Francia, que veían diezmados sus gusanos de seda por una gran peste.

Pasteur se trasladó a la región, donde fué recibido e instruído por Fabre de la plaga en cuestión, todo esto sentados al escritorio del entomólogo, mientras Pasteur observaba de cerca y sin parecer prestar mayor atención al discurso de Fabre, un par de objetos redondeados y extraños que estaban sobre la mesa.

Pasteur volvía y revolvía tales objetos, hasta que al fin, picado de curiosidad, preguntó a Fabre qué era aquello.

Fabre suspendió su discurso y miró a Pasteur.

No debe olvidarse esto: Pasteur era en aquel instante el sabio de más potente envergadura de Francia, si no del mundo entero. Había sido y era profesor de Química, doctor en Ciencias Físicas, decano de la Facultad de Ciencias de Lila, Director en la parte científica de la Escuela Normal de París, miembro de la Academia Francesa de Ciencias, etc., etc.

Compréndase así el pasmo del entomólogo ante la pregunta aquélla, viniendo de quién venía.

—Son capullos, maestro—murmuró casi Fabre.—Capullos de seda...

—¡Ah, voilá!—exclamó Pasteur, levantando a su informante sus sorprendidos y gruesos ojos de miope. Y más intrigado aún, examinó de nuevo los capullos, los agitó en el aire, concluyendo por llevárselos al oído:

—¡Pero hay algo aquí dentro!—exclamó.

—Sí, maestro...—tartamudeó Fabre, que deseaba hallarse diez metros bajo tierra:—Son las crisálidas del gusano...

—¡Voilá!—repitió Pasteur, satisfecho por fin como un niño, y haciendo sonar los capullos sobre su oído.

Bien. Este hombre, doctorado en todo lo que sabemos, no había visto nunca un capullo de gusano de seda, ni recordaba su biología, y lo manifestó así con una ingenuidad tan grande como su alma. Tal es el genio de un hombre de puro corazón. Excusado advertir, sin embargo, que meses después Pasteur descubría el origen y el tratamiento curativo de la plaga que diezmaba a los gusanos de seda.

Véase ahora actuar a ese corazón con otro ser que un gusano.

Aunque Pasteur, tiempo después, había llegado a conclusiones experimentales definitivas sobre su tratamiento curativo de la rabia, no se había atrevido aún a tratar a un ser humano con inoculaciones de médula. El 6 de julio de 1885 fuéle presentada una criatura atrozmente mordida por un perro rabioso. Tales eran el estado del animal causante y la saña de los mordiscos, que se había juzgado perdido al niño. Llevado al laboratorio de Pasteur, éste se decidió, vista la gravedad casi fatal del caso, a ensayar por fin su método.

Así lo hizo. Pero nadie hubiera sabido, de no contarlo luego él mismo, las inquietudes, los remordimientos, las sensaciones de crimen cometido, las pesadillas que lo aniquilarón durante los quince y tantos días que duró el tratamiento.

Como no abandonaba el laboratorio, ni comía, ni dormía, sus discípulos y amigos lograron alejarlo de París, mientras ellos proseguían las inoculaciones en el chico; pero desde el fondo de la Bretaña, donde se había recluído, y a pesar de las cartas y telegramas optimistas que recibía a cada instante sobre el éxito del tratamiento, Pasteur tenía constantemente ante los ojos a la criatura moribunda, que se le aparecía a reprocharle el haber adquirido la rabia con sus inoculaciones.

No debe olvidarse en qué consiste el tratamiento de la rabia, y que en aquel instante se le ensayaba por primera vez en un ser humano.

La criatura salvó; pero su espectro acompañó en sus horas de desaliento y por muchos años, al hombre que, sin embargo, la había salvado.

Horacio Quiroga

(Caras y Caretas. Buenos Aires).

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica